

30 de julio de 2023 --- XVII domingo ordinario "A"

[1 Re 3,5.7-12; Rom 8,28-30; Mt 13,44-52](#)

Homilía

Una vez tuve la oportunidad de conversar con un gran pensador que no tenía la fe cristiana, y que muy humildemente se definía no como ateo, sino como un "agnóstico que busca". En otra ocasión, un amigo mío que no tenía -o al menos no creía tener- fe, y que de repente se enfrentó a una grave enfermedad, probablemente terminal, que estaba viviendo con gran valor y dignidad, me escribió: "Me ayudaría tener tu fe". Estos dos ejemplos -y estoy seguro de que cada uno de ustedes podría citar más de uno- nos muestran cómo el camino hacia el Reino de Dios y hacia la felicidad es diferente de una persona a otra. Las tres parábolas que acabamos de escuchar subrayan también este mismo misterio del camino absolutamente único de cada persona.

El hombre de la primera parábola, el que descubre un tesoro en el campo, no buscaba un tesoro. Simplemente lo encontró, como por casualidad. El autor de la parábola ni siquiera se molesta en explicar las circunstancias en las que hizo este descubrimiento. No importa. Lo que importa es que tuvo la sabiduría de percibir el valor de lo que acababa de descubrir por accidente. También se da cuenta de que no lo descubrió por casualidad y que, de alguna manera, ese tesoro estaba destinado a él. Así que vuelve a esconderlo. Este tesoro forma parte de un campo, de una realidad mayor que el propio tesoro. No vendrá y se llevará el tesoro de noche -lo que probablemente podría hacer sin que nadie se diera cuenta-, sino que comprará el campo y así tomará posesión legítima de su tesoro. Para ello, venderá todas sus demás posesiones, al darse cuenta de que el trato merecía la pena. El tesoro del Evangelio se encuentra concretamente en un campo que podríamos interpretar como una imagen de la Iglesia con todas sus estructuras. El campo no es el tesoro, pero el uno está en el otro, y son inseparables.

El hombre de la segunda parábola es muy diferente. Es un buscador, e incluso un conocedor. Es comerciante de perlas finas y, aunque ya tiene una buena colección, siempre está buscando perlas de mayor calidad. Un día encuentra una perla de calidad excepcional. Como buen conocedor, considera que vale más que todo lo que ya posee. Él también vende todas sus posesiones y compra esta perla rara que colma todas sus expectativas.

El hombre de la tercera parábola también es diferente. Es un pescador que ha echado la red al mar y, como siempre, ha recogido un

Document extrait du [site de l'abbaye Notre-Dame de Scourmont](#), qui se trouve sur le territoire de Forges, à sept kilomètres au sud de la ville de Chimay, en Belgique. Notre-Dame de Scourmont est une abbaye de l'Ordre Cistercien de la Stricte Observance.

poco de todo: cosas útiles y cosas inútiles. Pone los peces buenos en su cesta y no duda en echar todo lo demás al mar.

En el Evangelio, Jesús nos habla a menudo de la renuncia. Estas tres parábolas nos ayudan a comprender que la renuncia -a cualquier cosa, incluso a todo lo que tenemos y a todo lo que somos- sólo tiene sentido si es consecuencia de una elección sabia y serena. Para comprar el campo donde se encuentra el tesoro, el hombre de la primera parábola renuncia a todo lo demás que posee; y para comprar la perla que satisface todos sus deseos, el mercader de la segunda parábola vende también todo lo que tiene. Por último, el pescador de la tercera parábola está lo suficientemente satisfecho por el gran número de peces buenos como para no dudar en arrojar todo lo demás al mar. Los tres encuentran alegría y felicidad en esta elección y determinación.

Independientemente de cómo hayamos descubierto el tesoro del Evangelio, ese tesoro nos colmará y será el fundamento de nuestra alegría y felicidad sólo si tenemos el valor de pagar el precio y desprendernos de todo lo que en nuestra vida no sea compatible con el mensaje evangélico. Ya seamos agricultores, comerciantes de perlas o pescadores, un día u otro tendremos que saber discernir y calcular el valor de lo que acabamos de descubrir, encontrar o atrapar en la red, en relación con todo lo que ya poseemos.

Para saber elegir bien en el momento oportuno, hagamos como Salomón en la primera lectura. Pidamos a Dios sabiduría, es decir, no un conocimiento infuso de lo que hay que hacer, sino un corazón atento e inteligente que sepa discernir y tomar las decisiones necesarias en los momentos oportunos.

Armand VEILLEUX